

Amaramamar

As in the emblematic poem by Gertrude Stein, everything Darius Koehli is telling us about the sea is that he is headed there: a mar (to the sea). But as in the Spanish tongue twister that uses the synalepha, *jamonjamón*, (hamham) the meaning is revealed by a hidden word that resounds in an ironical, subliminal way: *monja* (nun). As children we loved the game of repeating: saying things many times. Because repetition in art does not produce boredom but instead helps us to emphasize differences and generate new interpretations.

The photographs of Koehli also hide values which arise from their continual repetition. The humor which is easily perceived by viewing the images one by one, gets lost when viewing them in sequence. Or on the contrary. The photos which seem to be merely an esthetic game, turn out to be ironic and make us smile. Like the man who fights against a giant wave or the one who boxes against a palm tree on the promenade. Amaramar.

The vision from the deck of a transatlantic cruiser, a contemplation that is completely separated from the world and from time, allows for simple movement without effecting the overall course of the ship in the least. The railing is always present, like a boundary to the experience. An ironic wink at travel photography that tries to avoid the separation between the world of the tourist that allows him to take refuge in routine entertainment, and the sea in the background that embodies life, taking place in spite of everything, in all its deepness, rocking, and agitation. The sea as a metaphor of life and also of the power of destiny. Amaramar.

Darius Koehli *amarante* - which rhymes with *amante* (one who loves) - contemplates *el mar* (the sea) in Sitges, having recently arrived from the city of Barcelona. The city's attraction has given way to a hunger for empty space and color. For an observant eye there is no richer place than the seaside, as Koehli has shown in his previous work. But this time the beach is empty: it's a winter beach, a cold selenite beach, nocturnal, where the cold eye of the moon makes the foam rise up from the sea. Perceptions become confused in these photographs that wish to remain neither quiet nor in order. It's no longer irony that makes us confuse an agave with a animal's tail, a railing with a rectangular shape, or granite balls with planets fallen from the sky onto the promenade. Quite to the contrary: the nocturnal vision of the sea, like love, is transcendent. It confuses and moves us. And it creates a true mutation thanks to the art of photography – will anyone really miss the real sea?: water becomes a plant and flies away with the wind, the sky turns into transparent water and the ever-present railing has become a golden ribbon surrounding the photo to envelop a beautiful landscape. Amaramar.

Without this infinite litany everything might end up being too lovely. This is the irony that saves the collection and takes it beyond the pictorial exercises we are so familiar with in coastal towns. Photography can always allow itself to flee from beauty and enter into another, almost irreverent space in the subconscious. Amaramar.

amaramamar

Como en el texto emblema de Gertrude Stein, todo lo que nos dice Darius Koehli del Mar es que va hacia él: a mar. Pero como en el trabalenguas castellano que hace uso de la sinalefa, jamonjamón, el sentido se revela en una palabra oculta que resuena de manera irónica, subliminal: monja. El juego de repetición nos encantaba a los niños: dilo muchas veces. Porque la repetición en el arte no es aburrida, sino que nos ayuda a subrayar las diferencias y genera nuevas lecturas.

Las fotografías de Koehli ocultan también valores que surgen de su encadenado reiterativo. El humor que se ve a simple vista en las fotografías que se contemplan de una en una, se pierde cuando las vemos en secuencia. O al revés. Aquellas fotos que solamente nos parecen juegos esteticistas, se vuelven irónicas y nos hacen sonreír. Como un hombre que lucha contra una ola gigante, a la vez que otro boxea contra la palmera del paseo. Amaramar.

La visión desde la cubierta del transatlántico, en una contemplación absolutamente separada del mundo y del tiempo que permite los desplazamientos básicos sin que estos modifiquen para nada el rumbo predestinado de la nave. La barandilla siempre presente, como límite de la experiencia. Un guiño irónico a las fotografías de viajes, que tratan de eludir la separación que existe entre el mundo del turista, parapetado en sus rutinas de entretenimiento, y ese mar de fondo que es la vida que sigue transcurriendo pese a todo, con sus profundidades, sus quiebros, sus agitaciones. El mar como metáfora de la vida y también de la fuerza del destino. Amaramar.

Darius Koehli *amarante* -que rima con amante- contempla el mar de Sitges, recién llegado de Barcelona. El enganche urbano le ha dejado con sed de vacíos y de color. Para un mirón no hay espacio más rico que la playa, tal como lo había demostrado con sus trabajos anteriores. Pero esta vez la playa está vacía: playa de invierno, playa fría de los selenitas, nocturna, en la que el ojo frío de la luna levanta la espuma del mar. Se confunden las percepciones en estas fotos, que ni quieren estarse quietas ni ordenadas. Ya no es la ironía que nos hacía confundir el ágave con el rabo de una bestia, la barandilla con una rectangular, o las bolas graníticas con los planetas caídos por el suelo del paseo. Bien al contrario, la visión nocturna del mar, como del amor, es trascendente. Nos confunde y nos revuelve. Y crea una mutación real gracias a la fotografía -¿quién echa de menos aquí al mar real? -: el agua es vegetal y vuela con el viento, el cielo es de agua transparente y la sempiterna barandilla es ahora una cinta de oro que da la vuelta a la foto para envolver el bello paisaje. Amaramar. Sin esa retahíla infinita puede que todo acabara siendo demasiado bello. Esa es la ironía que salva el conjunto más allá de los ejercicios pictóricos a los que estamos tan acostumbrados en las ciudades costeras. La fotografía siempre se puede permitir huir de la belleza y entrar en ese otro campo del subconsciente casi irreverente. Amaramar.

Laura Terré, 2011